

Lo que realmente importa

diariodeunparkinsoniano

2020-11-14

Querido diario.

Estas semanas están siendo un poquito especiales para mí.

En primer lugar, ya lo habrás notado, dejé de vivir “de prestado” en WordPress, esa casa en la que te cobijé durante más de cuatro años, para alojarte, ya como propietario asentado, en este sitio web, más limpio y ordenado.

Y en segundo lugar, ya te habrás enterado, he presentado en sociedad a Mouse Helper, aquel programa del que te empecé hablar hace ya algunos años.

Por aquel entonces lo que principalmente buscaba al crearlo era seguir agarrándome (o más bien, aferrándome) a lo que más me ha gustado siempre, y que era aporrear el teclado de un ordenador para construir programas, byte a byte, rutina a rutina, que resolvieran problemas reales.

Nunca imaginé, ni en el más profundo de mis sueños, que pudiera llegar a tener la repercusión que está teniendo.

Soy muy consciente que, de cara al público, sólo sean los quince minutos de gloria que toda persona debe tener en su vida para sentirse importante.

A mí eso, sinceramente, me importa bien poco.

Cuando en ANAPAR me preguntaron si quería presentarlo oficialmente a los medios de comunicación, no lo dudé ni un momento.

Pensé, lo digo sinceramente, en poder llegar a esas personas, que, como yo, intentaban adaptarse a la situación.

Aunque para ello debiera quitarme, de nuevo, mis vergüenzas e inseguridades, esas que me han lastrado durante demasiados años.

O prestar mi propia casa, para que los de RTVE la “invadieran” para hacer su reportaje, después de que Iñaki, el periodista que ha organizado todo, me lo pidiera en ese tono con el que habla, tranquilo y pausado.

O posar para las cámaras como si fuera un personaje importante.

O que me entrevistasen en directo en la radio, ese medio que tanto amo.

Después llegaron las felicitaciones, de amigos, de compañeros de trabajo.

Incluso de gente a la que este proyecto le había importado bien poco desde el principio.

Todo eso me da igual.

Lo que realmente me importa, es lo que pasó a las pocas horas.

En mi buzón de correo tenía un correo nuevo, de alguien que no conocía.

Era de Yolanda, espero que me perdone por contarle.

En el asunto ponía... “Un abrazo y estoy enganchada al diario”, y en él me daba las gracias y me contaba que su padre, ya fallecido, había tenido Parkinson y que hubiera estado encantado de poder usarlo.

Y entonces, se me escapó una lágrima.

Porque esos quince minutos con los que la gente se queda, para mí son algo más.

Son horas y horas delante del ordenador, intentando que Mouse Helper quede lo más sencillo posible, robándolas de estar con mis seres queridos, de alejarme, en la semi-oscuridad de la madrugada, del calor de la persona amada.

Son el no rendirte y luchar, el superarte.

Son extrujarte el cerebro hasta dar con la solución a un problema.

Al de Yolanda han seguido más correos, más mensajes de twitter, de Facebook.

Gente que me escribe, agradecida y que también me pide ayuda.

Gente que sin que ella lo sepa, me da paz y que me anima, a su vez, a seguir adelante.

Eso, eso es lo que realmente importa.

Reyes Magos

diariodeunparkinsoniano

2021-01-06

Érase una vez que se era, hace ya tanto tiempo, tanto que se desvanece en mi recuerdo, una época en la que a los críos se nos clasificaba de otra manera.

Deportivamente hablando, independientemente de si te gustara o no el fútbol, tenías que ser, a la fuerza, del Barça o del Madrid.

De Colacao o de Nesquik.

De Bony, Tigretón, Pantera Rosa o de aquella deliciosa medianoche con la chocolatina en medio.

De Tulipán o de Mantequilla.

De Nocilla o de Pralín, olvídate de la Nutella, porque ni existía.

Y, como no podía ser menos, cuando llegaban estas épocas navideñas, tenías que ser de Olentzero, Papa Noel o de los Reyes Magos.

Todo eran conjuntos excluyentes: O estabas en uno o en otro, pero nunca en los demás, salvo pena de excomunión.

En aquel bombo de la lotería de la vida a mi hermana y a mí nos tocó ser “de los Reyes Magos”, así que esperábamos impacientes a poder estrenar nuestros juguetes, al final de las vacaciones, cuando ya muchos habían desgastado los suyos de tanto usarlos.

A decir la verdad, tampoco nos importaba demasiado.

Todos los días 6 de Enero, seguíamos el mismo ritual.

Nuestra madre nos ponía “de Domingo”, repeinándonos y vistiéndonos con nuestras mejores ropas.

Y, mientras mi padre farfullaba para sí que íbamos a llegar tarde, tomábamos atropelladamente el autobús que nos llevaba a Pamplona, y caminábamos unos cientos de metros hasta llegar a un cine, que ya no existe, y del que ya no recuerdo ni el nombre.

En aquel cine, abarrotado de gente, nos esperaban ellos, los Reyes Magos, para entregarnos nuestros regalos.

Pero antes, como si de grandes estrellas del Rock se tratasen, actuaban de teloneros “los Picapiedra”, en dibujos animados, año si, y año también.

Y, por fin, después de unos minutos de interminable espera, se abría el telón y aparecían Melchor, Gaspar y Baltasar, acompañados de sus numerosos pajes y de una montaña enorme de relucientes regalos.

Era, para que voy a negarlo, el paraíso de cualquier mocoso.

Había montañas de “Tentes” esperando a ser montados; flotas de camiones volquetes, esperando a ser llenados con los granos de arena de mi imaginación; muñecas de todo tipo, raza y aspecto.

Y, boquiabiertos, sin apenas salir de nuestro asombro, esperábamos, inmóviles y atentos, a escuchar la palabra clave “Hermanitos Liberal”, saliendo de los altavoces del cine.

Y saltábamos de nuestros asientos, todo nerviosos, siguiendo las indicaciones de los pajes hasta que nos sentaban en el regazo del rey que estaba disponible en ese momento.

No recuerdo muy bien lo que nos decían aquellos Reyes, sólo la luz fulgurante del flash, saliendo de la cámara fotográfica que inmortalizaría el recuerdo para siempre.

También he de confesar que era una época mágica, y en la que no te importaba lo más mínimo que Baltasar te dejara unas sospechosas marcas negras al besarte, o que tuviese un asombroso parecido con Cubelo, uno de los compañeros de trabajo de mi padre.

Para mí el 6 de Enero será siempre una fecha especial.

Con el tiempo aquellos Reyes se fueron convirtiendo en otros que me hicieron valorar más las cosas inmateriales, como el agradecimiento de la gente cuando das sin esperar recibir nada a cambio, o el amor, o la amistad, o la paciencia, o la esperanza, o la fuerza por seguir luchando.

Y por eso, sólo por eso, soy y seré “de los Reyes Magos”

diariodeunparkinsoniano

2021-04-11 06:51

Hoy es Domingo, 11 de Abril del 2021

De madrugada he empezado a escribir esta entrada en mi abandonado diario mientras siento llover por mi ventana, intentando recordar cómo era el olor a tierra mojada, ese olor que tanto echo de menos.

Hoy se celebra el día mundial del Parkinson.

El día mundial de los Parkinsonianos y de todos los que tienen relación con él.

Es cierto que el Parkinson es una putada, hablando claro y sin tapujos.

Tanto física como mentalmente.

Créeme, sé muy bien de lo que hablo.

Te podía contar lo que cansa el luchar con esos momentos “uniformemente acelerados” del día a día, cuando tu mente va más rápida que tus manos cuando tiemblan.

O de lo que duelen las articulaciones y los músculos cuando están agarrotados y hacen que te muevas torpemente, y deseas “cambiar de carrocería”.

O de las vueltas que le das a la cabeza, pensando en como afecta todo esto a los seres queridos que te rodean.

Pero no. Hoy no toca.

El lema de este año, 2021, es #PonUnaEtiquetaPositiva, y, aunque te pueda sonar raro, no lo es en absoluto.

Porque los Parkinsonianos somos iguales que tú, cómo cualquier otra persona.

Con tus virtudes, con tus defectos. Con tus alegrías, con tus miedos.

Al Parkinson como mejor se le trata es aprendiendo a convivir con él, aunque algunas veces te lo haga muy difícil y lo intentes acuchillar por la espalda.

Siendo positivo y adaptándote a las circunstancias.

A nivel personal, no me hace falta rebuscar mucho en esa desordenada chistera que tengo por cabeza para extraer de ella lo positivo que ha aportado Parki a mi vida.

Me ha aportado fuerza y superación.

El no tener miedo a expresar lo que siento.

El valorar más lo que tengo.

Y, lo que con diferencia más valoro, el poder relacionarme con otras personas.

Tampoco hubiera conocido a la gente de ANAPAR, de la asociación de Parkinson de Navarra, especialmente a mis compañeros del grupo de “jóvenes” de apoyo psicológico.

Ni a esas personas, ciudadanos de medio mundo, que, de manera tan agradecida, me escriben sus e-mails interesándose por Mouse Helper.

Y, seguramente, si me apuras, ni tu ni yo nos habiéramos cruzado en el camino de nuestro destino.

Ni te hubiera tenido que decir: #PonUnaEtiquetaPositiva

Feliz día del Parkinsoniano.

De vacunas y confesiones

diariodeunparkinsoniano

2021-04-18

Ha pasado más de un año desde que empezó esta pesadilla del coronavirus.

Todo comenzó como si nada, como si fuese un juego, con una especie de vacaciones forzadas, con nuestras casas a modo de hotel, en dónde, si tenías suerte, te tocaba la habitación con terraza.

Todavía resuenan en mis oídos aquellas huecas palabras del presidente del gobierno, en el que, ni el mismo, sabía de lo que hablaba, ni de lo que se avecinaba.

Al principio la cosa molaba, he de confesarlo.

Conseguía organizarme y empezaba a teletrabajar muy pronto por la mañana.

Y, en lo que en antaño era mi hora forzada del café en el trabajo, bajaba a por el pan.

Todos los días eran lo mismo.

Me pintaba la cara de camuflaje, me deslizaba por las escaleras del rellano, procurando no tocar nada, y me adentraba, sigilosamente, en la soledad de las calles, vacías del estridente ruido del motor de los coches.

Y, aunque apenas eran unos doscientos metros los que me separaban de la panadería más cercana, parecían kilómetros, intentando sortear la mirada inquisidora de algún que otro francotirador apostado en su ventana, apuntándome con su fusil y declarándome culpable tan sólo por ir con las manos vacías o por no tener el salvoconducto que proporcionaba el ser el afortunado dueño de una mascota.

La vuelta, ya con el pan bajo el brazo, era distinta.

Te sentías invencible.

Era como comerte una pildorita del ComeCocos, así que te permitías el lujo de adentrarte en el laberinto de las calles, sin miedo a que apareciera un fantasma y te devolviese a la casilla de salida, perdiendo una vida.

La primera vez que me sentí así no lo dudé ni un minuto, y, esperando que el tiempo extra de vida de la pildorita fuese suficiente, dirigí mis pasos hacia el portal donde he vivido más de media vida, y que es donde viven mis padres, ya mayores, de ochenta y cinco y setenta y nueve años, respectivamente.

Miré hacia los lados, y cuando vi que estaba solo, me introduje en el portal, me dejé llevar por el ascensor y giré la llave en la cerradura de casa, esa llave que todavía conservo.

Y, manteniéndome alejado de ellos, separados por la distancia entre la puerta y el cuarto de estar, les llamé.

Esa sensación fue indescriptible.

Primero, sorpresa.

Luego, alegría por el reencuentro.

Después, frustración por no poder tocarnos, por no poder abrazarnos, como si una barrera , invisible e infranqueable, nos separase.

Apenas estuve con ellos unos minutos, intentando vencer el miedo a hacerles daño, con mi sólo presencia.

Después, ya en la calle, lágrimas de emoción, al volver mi mirada hacia su balcón, y ver cómo agitaban sus manos.

Tímidamente miré hacia el resto de los balcones, y, como si hubiesen adivinado lo que acababa de hacer, los vecinos, gente que me conoce de toda la vida, me saludaban. Y, donde yo esperaba desaprobación, encontré miradas de comprensión.

Después fui volviendo, unas veces para llevarles provisiones, otras veces porque la morriña me obligaba a hacerlo, pero siempre manteniendo las medidas de seguridad, rezando para que el puñetero coronavirus no los atacara, inmisericorde.

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo, demasiado.

Queda lejos ya aquella primera escapada, en el pleistoceno del primer confinamiento.

Vamos ya por la enésima ola.

La muerte ha segado demasiadas vidas de inocentes, tocándolas, sin piedad, con su gélido y huesudo dedo.

Esta pandemia se ha cebado con mucha gente.

Muchos jóvenes se han revelado, no dispuestos a renunciar a esos años especiales que nosotros ya vivimos.

Muchos han perdido el trabajo, o lo han mal encontrado.

Muchos mayores se han dado por vencidos y ya no saldrán más de sus casas.

Pero hoy, cuando menos, hay una esperanza, en forma de vacunas.

No son perfectas.

Están envueltas de incertidumbres, de inseguridades.

De lo malo y de lo bueno de esta humanidad deshumanizada.

Pero son una solución, y a eso hay que aferrarse.

Me da igual lo que diga el Miguel Bosé de turno.

Al carajo las Victorias Abriles.

Hoy, por fin, aunque con mascarilla, he llorado de nuevo, lo confieso.

Al sentir, al abrazar y besar a mis padres, al estar ya vacunados.

Y por eso la entrada de hoy del blog tiene ese título tan raro.

De vacunas y confesiones.

Preparados, listos... ¿ya?

diariodeunparkinsoniano

2021-04-24

Querido diario.

Hoy, de nuevo, vuelvo a pintar tu blanco lienzo con los trazos de mis pensamientos.

Intentando, de esta manera, expulsarlos, sacarlos de mí, para poder ordenarlos y pensar con claridad.

Permíteme que lo haga.

Han pasado apenas unas horas desde que salí de la consulta del neurólogo.

Y casi cinco años desde que me detectaron la enfermedad de Parkinson.

Lo que para muchos hubiera supuesto el principio del fin, para mí fue un nuevo comienzo.

Desde el principio tuve claro que esta iba a ser una carrera de fondo, con muchos obstáculos, que iba a tener que sortear conforme aparecieran en mi camino.

Sin tener muy clara la meta, sin conocer la ventana de tiempo que me quedaba, empecé a caminar.

Desde entonces ha pasado casi un lustro, apenas un pequeño granito de arena, un fragmento insignificante en la inmensidad del desierto del Tiempo, en el que, por suerte, cuando he tropezado, he podido levantarme, gracias al apoyo, sobre todo, de mi familia y de mis amigos.

Durante este tiempo he recuperado viejas amistades, y han florecido otras nuevas.

He conseguido cicatrizar heridas de mi infancia y me he dado cuenta de lo que realmente es importante.

De lo que quiero. De lo que me quieren.

Sí, he llorado. Pero también he reído.

He tenido que apretar mis dientes para ahogar mi grito de dolor.

Pero también he disfrutado del suave murmullo del viento, susurrándome en los oídos.

He sentido. He sentido, como nunca antes había sentido.

He crecido y he avanzado.

He vencido mis miedos, he sido más yo.

A su vez, mi cuerpo y mi mente han ido cambiando.

Al principio sólo me temblaba el pulgar de la mano derecha.

Poquito a poco, Parki ha ido haciendo de las suyas.

Averiendo mis neuronas, y haciendo que apenas me quede dopamina en el cuerpo.

Agitándome, haciendo que mi lado derecho se mueva de forma involuntaria, anárquico, sin obedecer las órdenes de mi cerebro.

No dejándome descansar, provocándome pesadillas tan vívidas que parecen reales.

Hoy el Dr. Clavero, mi neurólogo, ha dicho la palabra clave.

Cirugía.

La solución que me ha propuesto es pasar por el quirófano, para colocarme en el cerebro un electrodo, para estimularlo.

Una especie de marca pasos, de capataz de galera romana, que, con su estridente tam-tam, se encargue de marcarle el ritmo a mis neuronas.

La buena noticia es que es un proceso reversible, que se puede quitar en cualquier momento.

Sé que hay otras soluciones más novedosas, pero que todavía no están lo suficientemente rodadas.

Hace apenas una semana ANAPAR organizó las Jornadas del Parkinson 2021 en Navarra, y en la que asistí como invitado, para hablar unos

minutos sobre Mouse Helper.

Mientras esperaba mi intervención, nervioso e impaciente, escuché con atención la ponencia que la Dra. Luquin daba sobre los avances en la investigación sobre la enfermedad de Parkinson.

La Dra. Luquin habló de una próxima vacuna y de todas las líneas de investigación.

Del HIFU, pero también de cómo estaban consiguiendo con ondas de baja frecuencia abrir la barrera que hace infranqueable al cerebro, para poder introducir virus que modificasen genéticamente algunas neuronas y así de esa manera producir dopamina, y conseguir la ansiada curación.

En sus ojos vi esa chispita de luz que se ve cuando la gente cree en algo y dedica su vida a hacerlo realidad.

Cirugía.

Esa palabra que al principio tanto temía, y que, con el tiempo, me he acostumbrado a pronunciar en alto.

Con respeto, pero sin miedo.

Al acabar la consulta, el Dr. Clavero me ha preguntado si estaba preparado.

Le he mirado a los ojos tan solo un instante, apenas unas décimas de segundo.

Y he visto en sus ojos la misma chispita de luz de la Dra. Luqui.

Y, sin dudarlo, he dicho que sí.

Así que a partir de ahora empieza una nueva carrera.

Hoy, como hace casi cinco años, escucho de nuevo el “Preparados, listos... ¡YA!”

Hasta siempre Txemis
diariodeunparkinsoniano

2021-07-12

Hoy había empezado a escribir en mi blog, abandonado desde hacía tantos meses.

Mi intención era escribir acerca de los cumpleaños, aprovechando que hacía unos días había sido el mío.

Pero todo lo que había escrito lo he borrado de un manotazo, al enterarme que te habías ido así, tan de repente.

Todos tenemos una fecha marcada en nuestro calendario, la fecha de nuestro nacimiento.

Es una fecha conocida, de alegría, en la que celebramos junto con nuestros seres queridos la llegada a este mundo.

Es la casilla de comienzo en este juego que es la vida, y en la que vas avanzando por su tablero, arrojando sobre él los dados de tu destino.

A veces caes en la casilla del premio, y encuentras felicidad.

Encuentras a tus mejores amigos o amigas, esos que se cuentan con los dedos de una mano, y que lo serán para toda la vida.

Esa gente con la que compartes tus primeros años de adolescencia, esos tan duros en los que necesitas un apoyo cuando dejas de ser un crío.

O encuentras a tu pareja, con la que te apetece compartir tu vida.

O nacen tus hijos, o tus sobrinos, y te colman nuevamente de alegría.

Otras veces tienes una mala tirada y caes en la casilla de castigo, y tienes un traspies.

Y te toca afrontar una enfermedad, y levantarte después de haber caído.

Y sales adelante como lo hacías tú, querido Txemis, con ese humor tan particular y ácido con el que afrontabas la vida.

Haciéndonos sonreír, poniéndonos los dientes largos, cuando publicabas alguna foto en Facebook, devorándote el mundo en forma de chuletón, en tus viajes en autocaravana, con tu hija y con tu mujer.

O respondiendo con ironía a mis compis de la E.G.B., Alberto, Manuel y Vilchez, que tuvieron la fortuna de tenerte como amigo, cuando te decían “poco vino veo”, si se atrevían a comentar alguno de tus viajes.

En nuestro calendario también hay marcada otra fecha, aunque desconocida.

Es esa fecha en la que tiramos los dados y llegamos a la casilla de la meta, a la del final.

Esa casilla, en la que todos, tarde o temprano, caemos sin remedio.

La de nuestro adiós.

Hoy has tirado tus últimos dados.

Hoy has caído en esa maldita casilla.

Hoy te has ido, dejando desolada a tu familia.

A mis compis de la E.G.B., a tus mejores amigos.

Sin cobrarte la deuda de un almuerzo.

Y haciéndonos pensar, a veces...

Que joputa es esta vida.

Lúa
diariodeunparkinsoniano

2021-07-13

Lúa es alguien que he conocido estos días en Serradilla del Arroyo, un pueblecito de Salamanca que está muy cerca de Extremadura, la tierra donde nació mi padre.

Tiene seis años y es una perrita de aguas de pelo blanco, tan corto y suave que parece el lienzo de un cuadro, limpio e impoluto, sobre el que el creador (o como quieras llamarlo) dejó caer unas manchitas de color café, que alcanzaron parte de su cabeza y su espalda.

Me han dicho que es de raza, que tiene mucho pedigrí, pero a mí eso me da igual.

Lo que más me impactó al conocerla fueron sus ojos, de color miel.

Estaban llenos de tristeza, y, sobre todo, de miedo.

Ese miedo, desmedido e irracional, que todos tenemos a lo desconocido, pero que en Lúa se acentúa, de manera exponencial.

Aunque ya lleva unos años viviendo con una familia que la quiere y la colma de cuidados, ese miedo sigue ahí, en su interior.

Seguramente, cuando nació, debió sufrir algún trauma, fruto del alma despiadada de algún energúmeno, y de ahí su desconfianza.

Seguramente, también, en aquel momento, su nombre sería otro.

Pero cuando llegó al hogar de Juan y de Jenny, y de Leo y de Elma, fue de nuevo bautizada con su nombre, como un nuevo renacer.

Lúa.

Significa Luna, en gallego, y le viene que ni pintado.

Lúa.

Tiene miedo hasta de su sombra.

Pobre Lúa.

He conseguido ganármela a base de acércame a ella lentamente para acariciarla, aprovechando los pocos momentos en los que baja la guardia.

Hoy, por fin, muy temprano, cuando apenas habían despuntado los primeros rayos de Sol, me ha dejado ponerle su correa y hemos salido a pasear.

Al principio estaba insegura, explorando el entorno.

Olisqueando cada rincón de este pueblo, dormido y aletargado.

Llenando sus pulmones con este aire, limpio y puro de la sierra Salmantina, impregnado por una mezcla de aromas de jara y tomillo, y que ya apenas

puedo recordar.

Y me he atrevido a asomarme al abismo de sus castigados ojos.

Y he visto en ellos un brillo de felicidad.

Lúa.

Afortunada Lúa.

Qué vida más achuchá diariodeunparkinsoniano

2021-07-16

Erase una vez, una vez que se era, una niñita llamada Elma.

Elma tenía apenas siete años, y, aunque era un poco menuda para su edad, lo suplía con creces con el arte y salero que desprendía al hablar.

Le gustaba acurrucarse en los brazos de Jenny, su mamá, viendo la televisión recostadas en el sofá, y hacer rabiar a su hermana mayor Leonor, mientras esperaban a que Juan, su papá, llegara de trabajar.

Un día Juan se presentó antes de tiempo y le dijo a Jenny:

- Jenny, prepara las maletas que nos vamos de viaje.

Y sin tiempo para que Jenny dijese nada, Elma, abriendo esos ojos que tiene en forma de almendras, preguntó, asombrada:

- ¿En serio?

Y Juan, le respondió:

- Si, Elmita. Nos vamos al chalé del pueblo a pasar el fin de semana.

Elma y Leonor no pudieron reprimir su alegría.

Saltaron y saltaron por toda la casa, hasta que Jenny les apremió a que hicieran sus maletas.

Tardaron poco más de una hora en montarse en el coche, tan rápido que casi se dejan olvidada a Lúa, su perrita de aguas.

Cuando ya por fin se aseguraron de que no faltaba nadie, Juan apretó el acelerador y el coche empezó a moverse con rapidez.

Durante todo el viaje Elma, incansable, no paró de hacerle preguntas a su madre, que respondía una y otra vez.

Mientras, Leo, no podía dejar de mirar por la ventanilla, admirada por los colores que pasaban delante de sus ojos, a toda velocidad, y Lúa dormía a sus pies, ajena de todo.

Después de unas cuantas horas, que a Elma le parecieron una eternidad, por fin consiguieron divisar en la lejanía las montañas de las tierras de Salamanca, que vieron nacer a su bisabuelo Segismundo.

Elma, impaciente, saltó del coche, apenas su madre la desató su cinturón, y corrió como un rayo hasta abrazarse a su amatxi Mariam, que le estaba esperando en la puerta, sonriente.

Mientras los demás descargaban el coche, Juan le dijo a Elma:

- Elmita: Venga, deja a la amatxi y ven a coger tus maletas, que pesan mucho.

Y Elma, encogiéndose de hombros, le respondió, con ese salero que tiene:

- ¡Ayyyyy, que vida más achuchá!

Y todos rieron, fueron felices y comieron perdices.

Nahia e Ibai. Ibai y Nahia
diariodeunparkinsoniano

2021-07-25

Hoy empiezo mi entrada en el blog por su final.

Apoyando mi cabeza en el quicio de la puerta de mi casa, pensativo, viéndolos alejarse de ella.

Son ellos, Nahia e Ibai, Ibai y Nahia.

Mis dos mellizos favoritos, mis pequeños sobrinos, convertidos ya en dos preadolescentes de casi catorce años.

Bueno, a decir verdad, el adjetivo de pequeños se ha caído ya de la lista de calificativos.

Aunque yo no soy ningún gigante, ya casi me llegan a la cabeza.

Hay que ver como pasa el tiempo, cuando se esforzaban en llegar con sus pequeñitas manos al asidero del ascensor, compitiendo el uno al lado del otro, sacando fuerzas de donde no las tenían, con ese sentimiento de competitividad que tienen todos los hermanos.

Aunque hoy en día todavía lo tienen, ya están mucho más sosegados.

O, al menos, cuando están conmigo.

Mira que han tenido rabietas, que me han hecho permanecer inmóvil, incapaz de reaccionar.

Pero ya no.

Ibai se ha convertido en un mozalbete espigado, que te habla con calma y serenidad, intentando interesarse y opinar de todo, no importa el tema que sea.

Sigue siendo tan despistado como siempre, pero eso a mí, no me importa.

Lo que realmente me importa es lo que veo en sus ojos, y que vi siempre en su mirada desde niño. Esa mirada de pillo que te hacía sonreír y que te encandilaba nada más verla, cuando correteaba por el parque de esta misma casa.

Hoy la acompaña con una sonrisa que es nueva para mí, porque su carita de niño se ha ido transformando en la del adolescente que ya es.

Y qué decir de Nahia.

Esa princesita, reflejo del espejo de su madre, de cabellos rizados que me enamoró nada más verla, a la que admiro por su trabajo y tesón.

La que me robó mi portaminas, y que también se llevó con él un trocito de mi corazón.

Hoy ya es toda una mujercita, aunque su voz la sigue delatando, cuando habla con orgullo de lo mucho que la quieren sus abuelos, especialmente el refunfuñón de su abuelo Don-don.

Hoy los veo alejarse de mí, como tantas veces.

Después de ayudarme a recordar y seleccionar alguno de mis relatos, los más tiernos, recopilados en una especie de hit-parade personal, para que mi madre, su amatxi, los pueda leer con calma en su e-book, en su recién estrenada faceta de lectora empedernida.

El título estaba claro: “Relatos para nuestra amatxi”

Y, los autores...

Nahia e Ibai. Ibai y Nahia

Un nuevo curso

diariodeunparkinsoniano

2021-09-14 22:32

Hoy ha comenzado oficialmente el curso escolar.

Quizás sea porque me he pasado más de media vida estudiando, pero para mí, el comienzo del año no es el uno de Enero. Es ahora, a mediados de Septiembre, coincidiendo con el inicio del curso escolar.

No es un día concreto, marcado en rojo en el calendario.

Cambia de un año para otro, aunque un poco antes de su llegada, se palpa en el ambiente.

Los primeros indicios te lo dan los árboles, que comienzan a aletargarse, alterando el color de sus hojas, que pasan de un verde vivo, intenso y vigoroso a uno más mate y apagado, menos vital, presagiando su ya cercana caída, con la llegada del otoño.

También, si se está un poco atento, uno puede comprobar cómo los más estranbóticos coleccionables se asoman por entre los escaparates de las ya casi extintas tiendas de barrio, donde lo mismo comprabas el pan que el periódico, o prácticamente todo lo que te pudieras imaginar.

Pero el indicador definitivo, el que da el pistoletazo inicial inequívoco, es el de las enormes colas que se forman a la entrada de las papelerías, donde los escolares, algunos con ilusión, la mayoría, y otros con resignación, los menos, esperan pacientemente a que llegue su turno, para completar así la colección de libros del nuevo curso, o para abastecerse de nuevo armamento estudiantil, en forma de lápices, bolígrafos o rotuladores de todos los trazos, gruesos, colores, olores y hasta sabores que te puedas imaginar.

De aquel ancestral ritual, aún conservo la tradición de comprar un cuaderno nuevo, de esos gorditos, de tapa dura y de anillas anchas, de hojas blancas cuadriculadas e impolutas.

Con el paso del tiempo, y de la compañía de Parki, he dejado de escribir en él cualquier idea de las que me viene a la mente, o más bien, de llenar de tachones sus hojas, y ser más selectivo, utilizándolo para dibujar alguna forma geométrica, o para rescatar de mi mente el desarrollo de alguna fórmula matemática aprendida previamente, a base de esfuerzo y tenacidad, en mi época estudiantil.

Además, por estas fechas también, Parki acostumbra a dejarme uno de sus regalitos.

Y este año, cómo cada año desde que apareció en mi vida, no podía ser menos.

Hace unos días que siento que los efectos de la medicación cada vez duran menos en el cuerpo, que los leños de energía que introduzco en mi locomotora a intervalos regulares cada día, pierden fuerza cada vez más temprano.

Eso, lo quiera o no, hace que tenga que sacar fuerzas de donde ya no las tengo, haciéndome apretar con rabia los dientes, mientras los dedos de mi pie derecho se atrofian y agarrotan sin yo poder evitarlo, al tiempo que un calambre intenso recorre toda la pierna, y me hace detener el paso mientras camino.

Al principio ese momento es desesperante, no sabes cómo reaccionar. Empiezas a respirar pausadamente, recordando las clases de yoga, y a hacer estiramientos muy despacio, intentando recordar cada movimiento y cada postura de las sesiones de fisioterapia.

Te sientes cómo un astronauta en su nave averiada, intentando ahorrar el poco oxígeno que le queda, pensando cuántos pasos podrás dar en lo que te resta de vida, antes de que tu caminar se pare definitivamente.

No contento, Parki te castiga un poquito más, y empieza a invadir el hasta entonces terreno neutral, mi lado izquierdo, empezando por el pie, y atreviéndose hasta con la mano, haciéndome recordar, con dolor, su aparición en mi vida, hace ya casi seis años.

Entonces, no sé muy bien como, empiezas a reaccionar, y comienzas a caminar.

La sensación es como llevar una bola de presidiario, gorda y pesada, atada a tus tobillos.

Y todo te duele horrores, mientras intentas avanzar, arrastrando las dos pesadas bolas, venciendo su resistencia al movimiento.

Y te apoyas en el “Alí nunca se rinde”, esa frase que mi amigo Raúl tiene en el WhatsApp, y que más de una vez ha hecho que se me escape una sonrisa, y una lágrima, o en las palabras de tus seres queridos.

Hoy, lo que me ha dado fuerzas es acercarme a la papelería de mi pueblo/barrio.

No, no es una papelería centenaria, ni tampoco hace falta.

Su suelo tampoco es de madera, de esos que te delatan al andar, crujiendo a cada paso, pero sus estanterías, púlcramente ordenadas, desprenden el aroma a papel recién impreso, ese olor tan característico que se te queda grabado a fuego desde que eres pequeño.

A Reme, su dueña, no sé ni desde cuando la conozco, ya ni me acuerdo.

Lo único que sé es que siempre le estaré eternamente agradecido.

Ella fue la que me enseñó, cuando apenas era un renacuajo, a escribir a máquina, a aprender mecanografía, aporreando la máquina de escribir que me regalaron por mi comunión, con su nombre tan soviético, Maritza 30 o algo así creo que se llamaba, aquel instrumento infernal de tortura destroza dedos.

Probablemente, sin lo que ella me enseñó, no me hubiera desenvuelto como lo he hecho y lo hago en mi trabajo de aporrea teclas.

Ni hubiera podido seguir escribiendo este diario, que a veces es tan bonito y otras veces tan frío y duro como la realidad misma.

Hoy, como digo, me he acercado a esa papelería, a comprar uno de esos cuadernos gordotes que siempre compro.

Y Reme me ha ayudado a encontrarlo.

Esa vez, el color de sus tapas ha sido verde, el color de la esperanza.

Con todas sus hojas blancas, esperando a ser rellenas por mí.

Cómo cada vez que comienza un nuevo curso.

Un rayito de esperanza

diariodeunparkinsoniano

2021-09-26 22:42

Hacía tiempo que no caminaba, o, mejor dicho, trotaba por el monte, cual corcel, libre, salvaje y desbocado.

Entre una cosa y otra, entre dimes y diretes, ha sido un verano un poco diferente a los vividos en los últimos años, con más dolores físicos y, sobre todo, del alma, de los que me hubiera deseado padecer.

Eso, unido a los últimos atascos que mi pierna derecha me empieza a tener acostumbrado, fallando cuando mi depósito de dopamina se agota hasta casi llegar a la reserva, ha hecho que me vuelva más perezoso de lo que me hubiera gustado.

Con todo, andar me cuesta horrores, así que cuando ha surgido la oportunidad de acercarme de nuevo al monte, lo primero que ha pasado por mi mente es esa señal enorme de stop que todos nos ponemos delante, a modo de defensa, al enfrentarnos a un nuevo reto, y que nos hace pensar: ¡Uffff, que difícil lo tengo!

Pero después, cómo casi siempre hago, he recapacitado.

He intentado buscar en mí esa fuerza interior que me hace seguir, sí o sí.

De arrear para adelante, de impulsarme con fuerza hasta dar un enorme salto.

De ver en la oscuridad ese primer rayito de luz de Sol, cálido y reconfortante, que todos esperamos que nos bañe la cara al llegar el amanecer, después de una noche larga y eterna, en medio de la tempestad.

Esta vez lo he encontrado en una mirada, y también en unas palabras de una de mis compañeras parkinsonianas, M^a Jesús, reclutada, no hace mucho, en el grupo de apoyo psicológico de la asociación ANAPAR, del que

algunas veces he hablado, y del que tuvimos su inicio de nuevo curso este pasado miércoles, hace apenas unos días.

En su mirada, porque, sin ella saberlo, dejó escapar de su interior un torrente de ilusión, tan anhelado y deseado hace tanto tiempo por ella, surgido espontáneamente al contarnos lo que había sentido al acercarse por primera vez a una clase de yoga, y en el que yo, inevitablemente, me ví reflejado, recordándome la paz que sentí en su día, hace ya ni sé cuantos años.

Y también en sus palabras, al salir de clase, cuando, hablando de manera ya más relajada y en “petit comité”, se dirigió hacia mí, con su tímido hilillo de voz, diciéndome que yo le servía como ejemplo y le daba fuerzas.

Si, he vuelto a caminar por el monte.

Y sí, he dado un paso, y después otro, y otro, y otro, y otro más, hasta que eran tantos, que he dejado de contarlos.

Y he podido disfrutar como siempre, subiendo como a mí me gusta, a buen ritmo.

Sin pensar en los pasos que quedan en mis pies y que me quedan por dar.

Desentumeciéndome, sacándome de un plumazo la herrumbre del óxido de mis articulaciones.

Oxigenando mi mente, llenando de aire puro mis pulmones y regalándome los oídos con el ruidoso silencio de la Naturaleza.

Han pasado unas cuantas horas de mi visita al monte.

Y ahora, mientras escribo y revivo cada uno de los segundos de mi paseo, parki me castiga con su látigo, agitando mi lado derecho y haciendo que no pare de temblar, dificultándome el poder expresar mis emociones en palabras.

Pero, francamente, ahora mismo, me importa un pimiento.

Porque hoy he vuelto a trotar por el monte.

Y porque hoy me ha iluminado ese rayito, lleno de luz, y sobre todo, de esperanza.

Las lágrimas de Ibai

diariodeunparkinsoniano

2021-10-31 21:45

Esta tarde he ido a visitar a mis padres, y al salir, ya volviendo para mi casa, al torcer una de las esquinas de uno de los edificios, he visto, a lo lejos, una figura que me ha parecido familiar.

Conforme me iba acercando, la silueta se hacía cada vez más y más conocida, hasta que no he tenido la más mínima duda: Era mi sobrino Ibai, del que alguna vez he hablado, o más bien, escrito.

Iba caminando, apresurado, al encuentro con sus amigos de cuadrilla.

Ya ha crecido tanto, que casi no he podido reconocerlo.

Para mi siempre será Ibaitxu, ese renacuajo que se afanaba por llamar la atención de su tío, mientras correteaba por cada rincón de la casa, primero gateando de rodillas, y después, ya erguido, haciendo que el sonido de sus pasos resuene en mis oídos para siempre, mientras acaricia con dulzura mi corazón.

Sin dudarlo he empezado a llamarlo a gritos, primero tímidamente, después con firmeza, hasta que al fin se ha girado hacia mí, con su rostro iluminado al reconocerme.

Siempre me da un abrazo y me dice “tío” cada vez que me ve, y esta vez no iba a ser para menos.

Normalmente, en su mirada, siempre encuentro ese brillo de esperanza y de juventud que todos tenemos a su edad, los catorce, cuando tienes toda la vida por delante.

Pero esta vez no.

Esta vez su mirada reflejaba la tristeza de la pérdida de su bisabuela por parte de padre, Mercedes, que yo siempre he confundido de nombre y llamaba Victoria, probablemente porque es y será una de las personas más

alegres y con ganas de comerse el mundo que he conocido, a la que le han faltado tan sólo unos días para cumplir 98 años.

Al ver a Ibai no he podido dejar de verme reflejado en él, cuando recibí la noticia de la muerte de mi abuela Lucía, aquella mañana en la que un timbrazo me despertó, y me sacó de mi sueño.

Al oír a mi madre contestar al telefonillo, y decir “¿ya?”, algo en mi interior, un instinto, me dijo que había llegado su final, y me hizo esconder la cabeza debajo de la almohada mientras mis ojos se llenaban de lágrimas, que todavía hoy salen a borbotones al recordar aquel momento, mientras de mi garganta se escapaba ¡no, abuelita!

No he podido resistirme.

Le he dado un achuchón, de esos reconfortantes, que casi están prohibidos por esta maldita pandemia del COVID que nos ha tocado vivir, al tiempo que le he dicho que ha sido y es muy afortunado, porque ha tenido bisabuela, y porque aún puede disfrutar de todos sus abuelos.

Hemos seguido caminando juntos, en silencio, hasta que llegar a la altura de un grupo de adolescentes, entre los que he reconocido a alguno de sus amigos.

E Ibai, sin importarle un carajo lo que digan sus amigos, o más bien sus hormonas, me ha vuelto a abrazar y a darme un beso.

Haciéndome olvidar, y mandar, yo también, a la porra, aquella mañana fría, de hace ya 5 años, en la que comencé mi andadura como parkinsoniano.

Ibai, Ibaitxu, te quiero mucho.

Ingeniero del año

diariodeunparkinsoniano

2021-11-09 03:05

En algo más de 72 horas la Asociación de Ingenieros de Telecomunicación de Navarra me nombrará “ingeniero del año”, por haber creado MouseHelper, ese asistente para el ratón que presenté, curiosamente, también por estas fechas, el año pasado.

Para mí es una sensación muy rara, de sentimientos encontrados.

Cuando presenté ese programa, no pensaba en ningún tipo de reconocimiento, ni mucho menos. Tan sólo quería, y sigo queriendo, darle la mayor publicidad posible, para que gente como yo, con problemas de movilidad para manejar el ratón, pudiera sentirse cómodo y disfrutar con lo que hace.

Nunca me ha gustado destacar, siempre he preferido estar “en la sombra”, pero hice de tripas corazón y accedí a todo tipo de entrevistas, desde aquella de la tele que me hicieron en casa, atrincherado en esa habitación que es mi fortín, rodeado de cachivaches y de los libros que me han ido acompañando a lo largo de mi vida, con mi máquina recreativa de fondo, que tantos sudores me costó restaurar, y que al final acabó emitiéndose en el telediario nacional, hasta la última que me hicieron en la radio, el amado medio que tantas horas de satisfacción me ha dado como oyente.

Aquel día, hace apenas un año, acabé agotado y exhausto, pero supe que había valido la pena cuando al final del día, al comprobar el buzón de mi correo, vi que llegaban mensajes de agradecimiento desde todas las partes del mundo, y, tan sólo con eso, me vi recompensado.

Pensé, “bueno, ya está, ya he tenido mis quince minutos de gloria”.

Así que, cuando hace más de un mes recibí la llamada telefónica que me lo anunciaba, me pilló desprevenido.

Durante el tiempo transcurrido desde entonces, he tenido tiempo para pensar en lo que significa.

Dejando atrás al ego, que, como cualquier mortal tengo, este premio significa algo más, y me ha hecho recordar momentos de mi vida que, aunque no estaban olvidados, estaban aletargados.

Me hace recordar con cariño a mi madre recostada en mi cama, garabateando sin apenas saber escribir, esforzándose por crear de la nada sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, que yo intentaba resolver lo más rápido posible, tan sólo para ver su cara sonriente al comprobar que estaban correctas.

Hoy, aunque ya no tengo olfato, sigo recordando también el aroma a café recién hecho de la cafetería que había al lado del ambulatorio, y en el que los dos siempre acabábamos desayunando, después de haber “subido a Pamplona” a sacarme sangre, y en la que siempre comprábamos un huevo kinder para llevárselo a mi hermana.

O el crujir de mis pisadas del suelo de la librería, última etapa antes de “coger la villavesa”, de vuelta ya para casa, correteando por entre sus estanterías, buscando el último libro de “los gemelos de Lakeport” o de “los Hollister”, o, incluso, atreviéndome a asomarme, no sin cierto canguelo, al abismo de color verdi-blanco que representaban los de la colección de misterio de Alfred Hitchcock.

También me hace recordar mi época de estudiante, primero en la EGB, cuando el profe se afanaba por pasar lista, y nosotros levantábamos la mano diciendo ¡presente! Aún hoy recuerdo parte de aquella letanía: Desde “Araiz Insausti, Jorge”, hasta “Ramirez Martinez, Oscar”, pasando por el resto, Arantxa, Luisa, Manu, Macuso, Alberto, Glori, Txus, Dani, Eugenio, Merino, Visi..., una lista interminable de nombres, muchos de los cuales se han ido convertido en verdaderos amigos.

Más adelante, ya en el instituto, y, sobre todo, en la universidad, las cosas fueron cada vez más rápido, quizás porque en parte pierdes la inocencia, conforme te vas haciendo mayor, a la vez que se fueron poniendo más difíciles.

Tengo clara una cosa: Este reconocimiento es fruto del esfuerzo.

De mi esfuerzo, de las horas y horas estudiando, dejando de salir con mis amigos, encerrándome durante semanas antes de los exámenes, sobre todo al principio, antes de darte cuenta que cuando estudias, lo haces para aprender, y no para aprobar.

También de mis amigos, por aguantar todo aquello, sin reprocharme lo más mínimo.

Y de mi pareja, por comprender lo importante que era para mí MouseHelper, dejándome trabajar en mi escaso tiempo libre.

También el de mi hermana, que siempre tuvo que aguantar que yo, aun sin quererlo, fuí el primer universitario de la familia, cuando en realidad, ella fue la primera que se licenció en la de la vida, y que siempre refunfuña y me dice que soy un ñoño cuando le digo que la quiero.

Pero, sobre todo, del esfuerzo de mis padres, Dionisio e Hilaria, que me dieron la oportunidad que ellos nunca tuvieron, la de hacer realidad mi sueño de la infancia. Ellos si que, en realidad, son los verdaderos ingenieros.

Para todos vosotros...

¡Gracias!

El puente sobre el río Kwai

diariodeunparkinsoniano

2021-12-27 07:06

Querido diario:

Te voy a contar una pequeña historia que me ha sucedido, justo ahora, cuando apenas quedan un par de hojas por arrancar del calendario del 2021.

Llevo unos cuantos días en Serradilla del Arroyo, ese pueblo estival donde habita el milano cuyo vuelo te describí hace ya algunos meses.

En verano ya te conté que lo que más llama la atención de este pueblo es su silencio, que, ahora, en invierno, resulta aún más impactante, sobre todo en el amanecer, huérfano del trinar de los pájaros, o al recorrer sus calles desiertas de gente, donde la escueta decoración de un par de casas delata las fechas en las que nos encontramos.

Si, es Navidad, aunque no lo parezca.

Y eso que este año pintaba mejor, después del anterior, engullido por el agujero negro que supuso para todos nosotros esa lacra del COVID-19.

Si me lo llegan a decir algunos meses antes, en plena “euforia vacunal”, no lo hubiese creído.

Pero llegó la enésima ola, y, como un tsunami, ha arrasado, nuevamente, con todas nuestras ilusiones, que ya casi se pierden en el olvido.

Sobre todo, la de reunirnos con nuestros seres más queridos, en especial con los más pequeños y mayores, los unos por esa sensación de “me lo he perdido y ya no volverá a pasar”, y los otros porque sienten en sus espaldas el peso de esta insoportable lacra, mezcla de temor y responsabilidad.

Con esa sensación de vacío, de mal sabor de boca, de haber sido timado y privado de la magia de la Navidad, transcurrió el viaje en coche de algo más de 500 kilómetros.

Como bienvenida, una fina lluvia, empapando con sus minúsculas gotitas el parabrisas del coche, me hizo recordar, por unos instantes, el sirimiri de épocas pasadas de mi infancia, cuando, montados en el Renault 4L de mis padres, zigzagueábamos por las curvas de la carretera del puerto de Velate, en medio de una densa capa de niebla, recorriendo los entonces interminables 60 kilómetros hasta llegar al caserío de Sumbilla, donde nació mi madre.

Los caminos, secos y polvorientos en verano, están ahora cubiertos por una fina alfombra de hierba, mullidita, de color verde claro, muy intenso, que, al pisarla, provoca una sensación muy agradable.

El calor sofocante también ha desaparecido, y el Sol, cuando está en lo más alto, apenas provoca un leve cosquilleo al rozarte con sus rayos la piel.

Los paseos matutinos, acompañado tan solo por mi sombra, y, ocasionalmente, por Lua, esa perrita que conocí este verano, se han vuelto ahora imposibles, en parte por la oscuridad y en parte por la humedad que envuelve el ambiente, de modo que han sido sustituidos por los vespertinos, en ese momento en el que el Sol, altivo, se resiste a dejarse caer, lenta y pausadamente, por el tobogán que forma la bóveda del cielo, para irse a dormir y dejar que la Luna, con su tímido brillo, vuelva a ser la protagonista indiscutible de la noche.

El principal inconveniente de estos paseos está siendo Parki, que, a esas horas, suele manifestarse en forma de incómodos bloqueos en mi pierna derecha. Eso que los expertos llaman “fase OFF”, y que si no eres un parkinsoniano nunca podrás llegar a entender su verdadero significado.

En mi caso, lo he comprobado personalmente, se produce justamente en el momento de mi toma de levodopa de las cuatro y media de la tarde.

Eso, que antes era una suposición, lo he confirmado estos días.

Hace dos días, aprovechando que había dejado de llover, nos pusimos las botas de monte, empuñamos los bastones y empezamos a recorrer un camino que yo ya había descubierto en mis exploraciones matutinas del verano, y que al finalizar se bifurcaba en otros dos.

Al llegar a mi Finisterre particular, Marian, en lugar de encarar hacía la izquierda para volver al pueblo, me preguntó que tal me encontraba y si quería continuar por el de la derecha. Ella es la que primero tantea el terreno para que yo pueda pisar seguro, o la que me presta su nariz cuando me oye que intento oler el entorno, intentando adivinar las distintas fragancias.

- “Ese camino nos lleva a Serradilla del Llano, un pueblo vecino que está como a un kilómetro desde aquí. Allí podemos tomar algo, descansar y volver atajando por la carretera”, me explicó.

Envalentonado, hundí los bastones en la tierra y me impulsé dando una gran zancada, dejándola detrás, a modo de respuesta.

Pero, después de haber recorrido más o menos la mitad de la distancia, una especie de reloj imaginario empezó a resonar en mi cabeza, y, como a Cenicienta cuando sonaban las doce, a cada clonnn, se deshizo mi hechizo.

Lo primero que notas cuando empieza el bloqueo es que los dedos del pie intentan, como si fuesen jugadores de rugby, apilarse, unos encima de otros, abalanzándose repentinamente sobre el dedo pulgar, como si él tuviese la pelota, atendiendo a la orden que mi cerebro les da de manera errónea. Después, de una forma casi instantánea, una especie de rayo paralizante recorre toda tu pierna, hasta que, sin poder evitarlo, el movimiento, rítmico y pausado de tu marcha, se detiene sin contemplaciones.

Puedes intentar seguir unos metros, aguantando el dolor, pero entonces el pie es el que se amotina y se retuerce hacia adentro, aumentando exponencialmente las posibilidades de acabar con el honor y la honra por los suelos.

Por más que lo intentaba, desesperado, el Koji Kabuto que habita en mi cerebro fue incapaz de mover la palanca correcta que hiciera reaccionar, de una vez por todas, al Mazinger-Z de mi cuerpo, magullado y deteriorado por el esfuerzo de la batalla, en forma de caminata.

Nada de lo que pruebas, de los remedios convencionales, sirve.

Ni la respiración pausada, ni los estiramientos, ni el elevar tus plegarias, intentado invocar a los dioses para que te concedan los poderes milagrosos de esa sustancia, la dopamina, que cada vez es más escasa en mi cuerpo, funciona

Medio en broma, para quitar hierro al asunto, empecé a rebuscar en mi bolsillo el blister de pastillas, mientras Marian me miraba diciéndome que dejase de hacer el tonto, que no tenía ni pizca de gracia.

Nada, no había manera de dar con ellas, en ninguno de los bolsillos de mi pantalón de monte estaba. O lo había perdido, o, lo más preocupante, me lo había olvidado.

Marian rebuscó entre sus bolsillos, pero tampoco encontró ninguna pastilla. Entonces me acordé de las decenas y decenas de veces que me las había reclamado, sin éxito, una y otra vez.

Empezamos a barajar las alternativas. Lo más fácil: Llamar por teléfono a un conocido y que nos viniese a buscar.

No, no quería depender de nadie, así que respiré hondo, y al soltar todo el aire empecé a moverme, intentando no pararme, mientras Marian me seguía, preocupada.

Renqueando, casi arrastrándome, conseguimos llegar al pueblo, que, al ser pequeño, no tenía farmacia, ni nadie mayor al que acercarnos para pedirle algo de levodopa, así que con el último hilo de fuerza que me quedaba, entramos en la cafetería del hotel.

Me desplomé en una butaca, mientras Marian pedía dos cafes descafeinados con leche.

- “¿Qué quieres que hagamos?”, me preguntó mientras intentaba mezclar el café con la leche. “Aun nos quedan tres kilómetros”

No, no me voy a rendir, pensé. No.

- “Pideme un lingotazo, de lo que quieras, porque me lo voy a tomar de golpe”.

Mientras Marian pagaba, apuré, de un solo sorbo, aquel brebaje que sabía a rayos, para después incorporarme de un salto, pillando a mi cuerpo desprevenido.

El calor del licor, abrasando mi garganta, y la conversación de Marian intentando tranquilizarme hicieron que recorrieramos un kilómetro sin parar, hasta que, en mitad de la carretera, otro bloqueo me frenó de golpe.

Recordé que al comienzo, cuando los bloqueos eran menos intensos, podía caminar marcha atrás, así que me puse a ello, viendo como nos alejábamos del pueblo. Diez pasos, veinte.. Giro, sensación de alivio y de desbloqueo en la pierna. Otra decena de pasos recorridos sin problemas, intento de bloqueo, vuelta a girar...

Sin sensaciones en el gemelo de la pierna, que se había convertido en una especie de tronco de madera inerte, empecé a dar zapatazos en el suelo, como cuando vas a marcha ligera en la mili, y empecé, no se muy bien porqué, a tararear una melodía, la del puente sobre el rio kwai, o, si lo prefieres, la canción que entonaba milikito al recorrer los caminos, siguiendo su famosa raya blanca:

Tara, tarataratataaaa. Tara, taratarata, taratarata, tarata, taraaaa.

Marian, sonriendo y sin poderlo creer, encendió su móvil, la buscó en YouTube, y se puso a imitarme, al tiempo que la reproducía y subía el volumen.

Cuando la canción terminó, buscamos otra canción, y después... otra más, todas con ritmo marcial, resonando a todo trapo, acompasándolas con los zapatazos, rompiendo ese silencio sepulcral.

Y cuando eso ya no sirvió... la rabia me hizo empezar a correr, a toda pastilla, liberado, hasta quedarme sin aliento.

No me atreví a mirar para atrás.

Tampoco estoy seguro de que Marian, a lo lejos, interpretara el papel de Jenny y me gritara eso de "Corre, Forrest, Corre"..., pero te aseguro, querido diario, que me sentí como él mismo al romper los hierros que le aprisionaban, liberándome de mis ataduras, al correr sin freno.

Sin parar, dejando atrás mi bloqueo, mi puente sobre el rio Kwai.

...Tara, tarataratataaaa...